



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VI - Nº 63 Julio de 2023

*Sacralidad y sentido
de lo maravilloso*



Presentación de la Santísima Virgen en el Templo
Convento Madre de Dios, Lisboa

Espléndidamente atendidos por Dios

Según tradiciones antiguas de Oriente y revelaciones privadas, San Joaquín y Santa Ana no tenían hijos y ya estaban en una edad avanzada. Eso les causaba un pesar muy grande porque, entre los judíos, era una vergüenza no tener hijos, pues así no se podía ser antepasado del Mesías, la gloria de los judíos.

A pesar de eso, el santo matrimonio siempre pidió a Dios tener un hijo. ¡Cuando este vino, era Nuestra Señora!

Si San Joaquín y Santa Ana raciocinaran como algunas personas: “¡Ah, yo estoy pidiendo un niño hace cinco años! ¡Rezo todo el día medio minuto y no soy atendido! Ya desanimé...” –cuanto menos la persona reza, más deprisa quiere ser atendida– podrían no haber sido los padres de la Santísima Virgen, y la Madre del Salvador nacería de otro matrimonio.

Así sucede con las gracias que pedimos: debemos rogar mucho. Finalmente, cuando Dios concede, Él atiende exuberante y espléndidamente, por los ruegos de María.

(Extraído de conferencia del 31/01/1976)

Sumario

Vol. VI - No. 63 Julio de 2023



En la portada,
Dr. Plinio delante
del Castillo de
Chambord en 1987

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

SEGUNDA PÁGINA
2 *Espléndidamente atendidos por Dios*

EDITORIAL
4 *Del hastío de la sacralidad a la hora de la Revolución*

PIEDAD PLINIANA
5 *Pase lo que pase, continuoesperando*

DOÑA LUCILIA
6 *Un curso de Contra-Revolución*

DR. PLINIO COMENTA...
9 *Jerarquía, esplendor, nobleza, sacralidad*

DE MARIA NUNQUAM SATIS
16 *Manifestaciones de las incalculables riquezas de la Santísima Virgen*

SANTORAL
20 *Santos de Julio*

HAGIOGRAFÍA
22 *El Profeta Elías y la Orden del Carmen*

PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA
24 *Cómo ocurren los grandes derrocamientos de la Historia*

APÓSTOL DEL PULCHRUM
30 *Arte impregnado de sentido de lo maravilloso*

ÚLTIMA PÁGINA
36 *Reina de las almas*



Del hastío de la sacralidad a la hora de la Revolución

En la época en que estalló la Revolución Francesa, Francia tenía tras de sí una larga tradición monárquica y aristocrática. Los agentes de la Revolución, antes de sembrar en el pueblo francés la dificultad en soportar la inmovilidad de una tradición casi milenaria y de sacudir la confianza filial que la masa de la población depositaba en el edificio de la grandeza de Francia, propagaron una cierta saciedad en relación a todo lo que era excelente en esa, la más delicada y encantadora de las noblezas, para cuyos fastos afluían admiradores de Europa entera de todas las clases sociales. En alguna medida, hasta los nobles se hartaron de eso.

En efecto, uno de los mayores peligros para el alma humana es el momento en que la admiración se cansa. Cuando se es sustentado por las alas del entusiasmo, no es difícil volar por cielos maravillosos. Pero cuando, al contrario, uno siente que ya no nace en sí aquel dinamismo que lo levantaba contra las leyes de la gravedad para surcar los aires, y se ve obligado a elevarse, admirar, amar, sin gusto sensible, en aridez, y se experimenta esa especie de hastío moral que la rutina puede causar inclusive en relación a las cosas más magníficas, entonces se pide a la persona aquel heroísmo del cual dan ejemplo los santos.

Ese fenómeno sucede con todas las instituciones y con los gobernantes en relación a sus gobernados. Por esa razón, los dirigentes tienen que tomar mucho cuidado, pues cuando mueren los entusiasmos, hay un peso que hace que levanten vuelo las oposiciones.

Esa teoría del cansancio explica ciertos fenómenos de la Revolución Francesa. Con mucha habilidad, los enemigos de la Civilización Cristiana supieron difundir la sensación de que aquella exuberancia era muy bonita, solo que antinatural: asientos dorados bellísimos, pero incómodos; trajes lindos, preceptos de educación magníficos, pero que exigían un continuo sacrificio.

Así, todo aquel esplendor del *Ancien Régime* vacilaba sobre un gran cansancio. Cuando el entusiasmo desaparecía, solo se hacía sentir el enfado. Surgía, entonces, un deseo intemperante de desteñir las ropas, descalzarse, en fin, una difusa tendencia a la anarquía.

En una sociedad tan cansada de una serie de valores civilizados, las palabras *liberté, égalité y fraternité* sonaban con tonalidades embriagantes.

Libertad: ¡lejos todo lo que nos ata, constriñe, aprieta! Queremos ser libres como un bárbaro.

Igualdad: la superioridad nos inspira respeto — ese sentimiento sin el cual el mundo es un infierno — y se traduce en reverencias y actitudes graves. Eso nos pesa y nos confina. ¡Acabemos con el respeto! Todos son iguales, no estamos obligados a curvarnos ante nadie. No admitimos, gritamos, despedazamos y guillotinos a quien se crea superior.

Fraternidad: por ser iguales, somos hermanos. Desde que se mantenga entre nosotros una igualdad completa, nos unimos en un abrazo fraterno en el cual no se permite que uno supere al otro.

Tal trilogía diseminada en ese ambiente de saturación produjo una cosquilla deliciosa de esperanzas y deseos de desatarse, de abrir todos los botones, de quebrar el orden, de ser sucio, de abandonarse a la naturaleza en todo aquello que refleja los efectos del pecado original. Por lo tanto, un mundo de horrores y de ausencia de toda excelencia. La barbarie acabó constituyendo el desahogo de un pueblo que llevó la civilización hasta una cierta cumbre, pero no supo equilibrarla.

Cuando se tiene fe, se ama la sacralidad y se siente cuánto ella es necesaria en todo, desde el taller de un obrero hasta el palacio de un rey, en lo alto de cuya corona está la Cruz de Cristo, sin la cual la diadema no vale nada; sin embargo, encimada por el símbolo de la Redención, se vuelve sagrada.

Entonces aparece en el alma el equilibrio que suscita las grandes admiraciones, los magnánimos servicios, los notables afectos de la fidelidad llevada hasta el martirio.

¿Qué faltó a la corte francesa? La sacralidad perdida. Esa desacralización, que encanta a primera vista, al cabo de algún tiempo sacia y camina hacia la muerte... conducida por sus propios jefes.

Luis XVI sonrió ante las primeras efervescencias de la Revolución Francesa que se le presentaron en espléndidos salones de palacio, envueltas en los sonidos argentinos del clavicordio o luciendo discretamente en los ambientes y en las escenas bucólicas del género del Hameau, aquella especie de aldea artificial donde María Antonieta, vestida de pastora y acompañada de otras damas de la corte, iba a ordeñar vacas, en un mundo en que las pastoras ya estaban hartas y no querían saber nada de la reina. Era la hora de la Revolución.*

* Cf. Conferencia del 1/7/1994



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Flávio Lourenço

Pase lo que pase, continúo esperando

Oh Reina del Cielo, Madre de toda esperanza, ¡en Vos espero! Pase lo que pase, continúo esperando. Yo os di mis méritos, no tengo nada más que ofrecer... Os ofrezco mi mendicidad. ¿Qué valían esos méritos? Pero Vos sonreísteis cuando recibisteis de mí la pobre limosna de la viuda. Apoyándome en vuestra sonrisa y por amor a ella, os suplico, ¡oh Madre, atendedme!

(Compuesta el 7/9/1983)

La Virgen y el Niño - Catedral de Tarazona, España

Un curso de Contra-Revolución

A Doña Lucilia le gustaba contar a los niños la historia de los tres mosqueteros, con todos los pormenores históricos de las costumbres y los ambientes. Plinio quedaba extasiado y hacía el contraste entre aquello y el modo moderno de vivir. Esas narraciones fueron un verdadero curso de Contra-Revolución.

Las reflexiones de Doña Lucilia eran estrictamente las de una señora ama de casa de su tiempo. A ella le gustaba leer cosas históricas, narraciones literarias en francés, un poquito también en inglés, y después nos contaba, adaptándolas al modo de ser de los niños. Por ejemplo, una obra interesantísima narrada por ella: “Los tres mosqueteros”, de Dumas¹. Este no es uno de los primeros literatos de Francia, pero podría ser considerado grande en cualquier país del mundo.

Un pretexto para describir ambientes y costumbres

Ella contaba la historia de los tres mosqueteros, y de esa forma me inició mucho en la delectación de la *douceur de vivre* del *Ancien Régime*². Dumas describía mucho los personajes, los

trajes, las actitudes, los diálogos, de un modo bastante atrayente, fascinante. A decir verdad, él hacía del hecho novelesco únicamente un pretexto para describir ambientes, costumbres, etc.

Doña Lucilia contaba entonces todos los pormenores históricos, pues en las obras de Dumas la narración de las costumbres es muy fiel. Ella nos deslumbraba con las narraciones. Yo quedaba extasiado y hacía el contraste entre aquello y el modo de vivir moderno. En ese sentido, era un curso de Contra-Revolución.

Imaginen a un niño de once, doce o trece años, yendo a asistir a una película de cine de *cowboys*. Tom Mix saltando encima del caballo, disparando, aquello que detesté toda la vida. Yo ni siquiera era capaz de acompañar aquel corre que corre y pensaba: “¡Ese imbécil no para, no se sienta, no piensa un poco! Eso no va conmigo.”



Ana de Austria – Museo del Louvre, París

Entonces, comparaba eso con un episodio descrito por Dumas como, por ejemplo, el Rey Luis XIII de Francia viviendo en el esplendor de su corte en el Louvre y en las Tullerías, palacios magníficos de los cuales yo conocía pinturas y fotografías. El Palacio de las Tullerías fue destruido, ipero el Louvre es estupendo!

Richelieu era una serpiente humana

Me ponía a imaginar a ese hombre viviendo en aquel palacio. Él era un rey casado con una de las princesas más bellas de Europa, Ana de Austria. Esa Reina tenía antipatía al Cardenal de Richelieu, del cual Philippe de Champaigne³ dejó cuadros. Richelieu era un hombre de mucha finura, alto y delgado, maleable: una serpiente humana. Hay serpientes hechas para arrastrarse por el suelo, pero existen otras que desafían al hombre, son ultra-prestigiosas. Él era una serpiente así, revestido de púrpura y solideo.

En cierta ocasión, Ana de Austria recibió la visita de otro hombre fabuloso, legendario, el Duque de Buckingham⁴, favorito del Rey de Inglaterra. Y él – ese episodio es censurable –, al ver a la Reina, se entusiasmó por su belleza.

Luis XIII le había dado a Ana de Austria una joya llamada *aiguilletes*: una pequeña barra de oro de la cual pendían zarcillos de brillantes. Y el Duque de Buckingham se las arregló para llevarse una de esas *aiguilletes* como recuerdo.

Ahora bien, Richelieu, que tenía espías junto a todo el mundo, supo lo sucedido. Entonces buscó al rey y le dijo:

— Majestad, nadie sabe lo que hubo entre la Reina y el Duque de Buckingham. Ella le entregó a él una de



Luis XIII – Museo Norton Simon, California



Cardenal Richelieu – Galería Nacional de Londres

las *aiguilletes* que Vuestra Majestad le dio. Yo os cuento eso porque posiblemente ella le podrá haber revelado al Duque secretos de Estado. Es bueno que Vuestra Majestad lo sepa.

El Duque de Buckingham era lo contrario de Luis XIII. Este era un hombre apagado, tímido y no brillaba. El Duque era un hombre brillantísimo, extraordinario. El monarca, por todas esas razones, quedó indignadísimo. Richelieu le dijo además algunas palabras para provocar, instigar más al Rey, y resolvió desquitarse de la Reina, creando una ocasión para que él la humillase ante toda Europa.

Luis XIII ofreció un gran baile en la corte

El monarca ofreció un gran baile en la corte y le mandó un recado a la Reina, para que compareciese con todas las *aiguilletes* que él le había dado.

La Reina sabía que le faltaba una. Pero el Duque de Buckingham estaba en Inglaterra... Ella quedó asustada, porque percibió inmediateamente

la bellaquería del Cardenal Richelieu; llamó al héroe de la novela de Dumas, D'Artagnan⁵, y le narró la situación. Ella tenía la certeza de que el Rey, cuando entrase en el salón, se dirigiría a ella – es natural, pues era la Reina – como primer personaje del baile a quien él saludaría. En ese momento los cortesanos de todo el cuerpo diplomático convidados al baile harían un círculo para ver al Rey y a la Reina saludarse, y el monarca contaría con la mirada el número de las *aiguilletes* portados por ella y diría:

– *Madame*, le falta una *aiguillette*, ¿dónde está?

Ella diría:

– Señor, no sé.

Y él respondería:

– Lo tengo aquí conmigo...

Lo que equivaldría a decir: “Yo sé todo”. Entiendan la historia.

Destello de otros tiempos

Ella, entonces, le pidió a D'Artagnan que fuera a Inglaterra y le rogara al Duque de Buckingham que le devolviese la *aiguillette*; si el viaje sa-



B. Fellens et L.-P. Dufour (CC3.0)



D'Artagnan con la Reina

lía fabulosamente, él podría llegar a tiempo para el baile.

D'Artagnan inmediatamente dejó a la Reina, tomó el caballo y comenzó la correría. No preciso decir que yo no le prestaba atención a la correría. “Le tomó tantas horas para ir de tal lugar a tal otro...”, poco me interesa. Lo interesante es la llegada a Inglaterra.

Un poco de atraso en ser atendido por el Duque de Buckingham ya le podía hacer perder la ocasión. Pero él consiguió por medio de artificios, ya no me acuerdo cuales, llegar a Londres en el momento exacto. El Duque de Buckingham le entregó la *aiguillette*, él la

guardó con cuidado, se retiró y volvió a Francia a toda prisa.

Poco antes de comenzar el baile – tenía que ser... – él llegó, hizo una gran reverencia, la Reina lo saluda majestuosa y le pregunta afligida en extremo:

– *Monsieur D'Artagnan*, ¿trajo lo que le pedí?

Nuevamente una gran reverencia, y él responde:

– *Madame*, aquí está la *aiguillette*.

Ella se puso todas las *aiguilletes* y, como ya era el momento, partió tranquila para el encuentro con el Rey. Cuando llegó, per-

cibió que el monarca tenía en la mano un pequeño objeto. Él la saludó y dijo:

– *Madame*, ¡qué bonitas están las *aiguilletes* en vuestro cuello!

– Es verdad.

– Yo tengo una más para daros.

Ella se colocó aquello con elegancia y naturalidad, el Rey la invitó a bailar, y Richelieu se quedó sin nada qué decir...

¿No es verdad que una narración así nos da un destello de otros tiempos? ❖

(Extraído de conferencia del 4/9/1986)

- 1) Alejandro Dumas (*1802 - †1870), escritor francés.
- 2) Del francés: “dulzura de vivir” y “Antiguo Régimen” (sistema social y político aristocrático en vigor en Francia entre los siglos XVI y XVIII).
- 3) Pintor francés de origen flamenco (*1602 - †1674).
- 4) George Villiers, primer Conde de Buckingham y posteriormente Duque de Buckingham. Importante estadista inglés (*1592 - †1628).
- 5) Charles de Batz-Castelmore, Conde de Artagnan (†1673).



Plinio en Águas da Prata, aproximadamente en 1920

Archivo Revisia

Jerarquía, esplendor, nobleza, sacralidad

Todos los corazones vibran fervorosos y llenos de entusiasmo para poder ofrecer al Santísimo Sacramento esa magnífica forma de adoración saliendo en procesión entre aclamaciones, pompas, mucho esplendor y nobleza, a pesar de las dificultades, pues el hombre no debe olvidarse de la lucha, ni del riesgo, o del esfuerzo, sobre todo cuando se trata de la gloria de Dios. Sólo así se alcanzan las verdaderas alegrías y las bendiciones del Cielo.

Me pidieron que retomara la lectura del artículo referente a la procesión del Santísimo Sacramento en Viena, con la intención de considerar con más detenimiento algunos pormenores.

*A pesar de las dificultades,
siempre tributar al Santísimo
Sacramento todos los honores*

Había quedado arreglado que, en caso de intemperie, la gran procesión del

domingo no sería realizada, y que tan sólo una Misa sería celebrada por el Legado Papal, en la Catedral de San Esteban, ante el Emperador y toda la corte.

En Europa las estaciones se suceden con mucha más regularidad que



Cardenal Léon-Adolphe Amette – Iglesia de la Madeleine, París

en Brasil. Por tanto, todo esto había sido previsto porque era un período en el que las lluvias caían con cierta frecuencia y, naturalmente, se esperaba que compareciese una multitud inmensa, por ser ese acto de adoración una tradición de la cual todo el mundo participaba. A tal punto que la noticia no indica sorpresa alguna. Ella narra todo con mucha admiración, en un tono distinguido y con pocos adjetivos, resaltando más los hechos en sí que los adjetivando.

Entonces quedó concertado que, habiendo lluvia, no se realizaría la procesión.  Esto fue arreglado entre quiénes? Entre el Emperador, las autoridades de tránsito, la policía, etc., por un lado, y, por el otro, entre el Cardenal Legado, el arzobispo de Viena, y alguna personalidad más. Es decir, las altas direcciones de las esferas eclesiástica, civil y militar fueron consultadas y así lo establecieron.

Ahora, vemos que la lluvia en cantidad no impidió la concurrencia de personas. Y el hecho de que el pueblo permaneciera – y se percibe que estaba lloviendo hace tiempo – indicaba bien el grado de fervor de los fieles, lo cual fue reconocido de buena voluntad por las autoridades, que no sólo apoyaron esa actitud, sino que se colocaron a la cabeza del entusiasmo popular haciendo que el Santísimo Sacramento – bien entendido, puesto continuamente al abrigo de cualquier gota de agua – no dejara de salir, a pesar de la intemperie.

Por tanto, la idea fundamental es: frente al entusiasmo popular probado por la resistencia a la lluvia, no privar a los fieles del Santísimo Sacramento, sino más bien tributarle aquella magnífica forma de adoración.

A pesar de todo, el domingo de mañana, sin preocuparse de la lluvia que no cesaba de caer, ochenta mil hombres que debían tomar parte en la procesión

estaban fielmente en sus puestos, con estandartes, banderas y m sicas al frente.

De tomar la noticia al pie de la letra, esos ochenta mil hombres no constituían la totalidad del pueblo, sino solamente los que debían formar parte de la procesión. Por lo tanto, del público de la calle ni se habla, ni hay c culos. Es muy bonito eso.

El Emperador es alentado por el entusiasmo del pueblo

... estaban fielmente en sus puestos, con estandartes, banderas y m sicas al frente.

O sea, cuando hay grandes manifestaciones así, o ellas están compuestas de individuos, o esencialmente de asociaciones e instituciones. Por ejemplo, las Universidades, el Tribunal de Justicia, el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, etc. Entonces, cada una de esas entidades toma posición en un lugar con-

certado por los dirigentes de la procesión. De manera que, cuando es dada la señal para avanzar, ya están todos puestos en el orden adecuado.

Por otro lado, supimos que el Emperador había declarado que era necesario que la procesión fuese hecha costase lo que costase.

Esta declaración naturalmente circuló en la ciudad. Porque en el “supimos” se tiene la impresión que fue un murmullo general. El Emperador había determinado aquello y, por lo tanto, daba a todo el pueblo una especie de apoyo: “El Santísimo Sacramento saldrá, cueste lo que cueste.” Él estimaba tanto el ver que su pueblo quería tributar a Nuestro Señor esa adoración que, aunque en un primer momento pensara en celebrar solamente la Misa en la iglesia, acabó decidiendo: “No, el pueblo nos llena de especiales bríos, y nos sentiríamos disminuidos y por debajo de nuestra suprema investidura temporal si no fuéramos hasta el medio del pueblo y nos mojáramos con él.”

— *Los ciudadanos, dijo él, tienen paraguas; los campesinos no temen la lluvia, y el Santísimo Sacramento irá en carruaje.*

A pesar de su edad avanzada (84 años), él mismo pretendía participar de la procesión.

Según la costumbre, el Santísimo Sacramento debería ser conducido a pie por el Legado Pontificio, debajo del palio. El Emperador y la Emperatriz lo seguían, caminando también debajo del palio.

La multitud de los fieles y la alta nobleza prontos para la procesión

A las ocho horas, la tropa ya había tomado posición. El cortejo, compuesto exclusivamente de hombres, salía del atrio de la Catedral de San Esteban, mientras ciento cincuenta mil mujeres y jóvenes se extendían por dos alas desde la catedral hasta la puerta monumental que daba acceso al palacio imperial.

Vemos, por tanto, al elemento femenino – más débil y que toma más cuidado con la salud – presente en masa. El número es impresionante: ¡ciento cincuenta mil personas!

Esto confirma que los ochenta mil no son todas las personas que están mirando, sino solo los que irán a desfilar oficialmente, incorporados a la procesión. Porque, de lo contrario, no se comprendería que dentro de esos ochenta mil cupiesen, como una de las parcelas, esas ciento cincuenta mil señoras.

Primeramente, avanzan las parroquias de Viena, enseguida los magnates húngaros, los tirolese en número de ocho mil, los bosnios, los checos, los moravios, los rutenos y los rumanos.

¿Qué es un magnate húngaro? *Magnus* quiere decir grande. Magnate quiere decir un hombre que forma parte de los grandes, forma parte de la grandeza. Así como la crema de la nobleza de España usa el título de “Grande de España”, en Hungría, por imitación, o por una germinación espontánea, se consti-



Emperador Francisco José en 1913



tuyó también el cuerpo de los magnates.

Paréceme que estos magnates no son la nobleza entera, sino que constituyen la crema y nata de la nobleza, con trajes magníficos, entre los cuales una especie de capa confeccionada con piel de tigre.

A continuación, las delegaciones extranjeras: los franceses, distinguidos por las banderas tricolores, que tres de nuestros compatriotas empuñaban alto y firmemente debajo de un verdadero diluvio; los españoles los italianos, los ingleses, los alemanes, etc.

Entonces, imaginen a los representantes de todos estos pueblos con las banderas nacionales, el colorido que esto debía tener.

El esplendor de la Jerarquía Eclesiástica se hace presente

Son las once horas y media. El clero va a entrar en escena. Se compone de cinco mil sacerdotes y religiosos y

ordenados jerárquicamente: simples sacerdotes, curas de parroquias, monjes de todas las ordenes, canónigos y, cerrando el bloque, doscientos obispos con capas, mitras y báculos.

El clero representa el aspecto jerárquico de la Iglesia. A los ojos de los fieles, los obispos se distinguen enormemente del común de los clérigos, pues portan aquellas mitras – como en aquel tiempo se usaban en muchas diócesis de Europa– altas, grandes, casi ojivales y, en general, bordadas con tejidos de oro o de plata, con piedras preciosas, que datan de antes de la Revolución Francesa. Después de esa Revolución, mucho de lo que fue derribado no fue reconstruido, inclusive aquellas grandes mitras, preciosísimas. Comenzó el hábito – según lo que vi – de confeccionar muchas mitras episcopales con piedras de vidrio.

Pero, en fin, el conjunto del colorido debería ser muy bonito. Imaginen doscientos obispos andando con

sus mitras y báculos. El báculo es el cayado, símbolo del pastor. El obispo representa, por excelencia, al pastor de una diócesis. Y era bonito ver al prelado andando con el báculo golpeando en el piso de piedra.

Sin embargo, posteriormente, una novedad apareció, que era una forma de modernización: colocar en la base del báculo una especie de cuña de goma, de manera que los obispos golpeaban con el báculo en el piso, pero no se oía ruido, o se oía muy amortecido, sin belleza. Pero todo lleva a creer que en ese tiempo todavía no se usaba la goma.

El más sublime cortejo

Fanfarrias y tompetas anuncian el tercer cortejo – del Santísimo Sacramento– al que seguirá el del Emperador-Rey.

La fanfarria y las trompetas anunciaban a la multitud cosas nuevas que aparecían. En aquella época no había megáfonos. Entonces, hacían

Brak danych (CC3.0)



Caballeros en trajes de húsares desfilando durante el Milenio del Estado Polaco



El Emperador Francisco José en su carruaje

una señal para llamar la atención del pueblo: va a aparecer un nuevo cortejo, imiren hacia acá, miren hacia allá! Conforme el lugar de donde venía la fanfarria o el cortejo, los fieles se volteaban para observar. La comunicación era exactamente sonora y musical.

En la primera línea están escuderos vestidos de rojo escarlata; enseguida, militares de la corte, con penacho blanco, montados en caballos grises de toute beauté; los dragones y los húsares.

Los dragones son aquellos soldados de caballería que usaban corazas plateadas y también yelmos, todos de metal blanco, con una especie de ornamento a la manera de una cola de caballo, que caía por la espalda. El conjunto daba al desfile un encanto enorme.

Viene aún el escuadrón de caballería y he aquí que llegan los cardenales. Cada uno tiene su carruaje particular y viene acompañado a pie por el

encargado de su capilla, llevando un crucifijo, su báculo, la antorcha ritual y su libro de oraciones.

Probablemente, la antorcha ritual se remonta a una costumbre del tiempo anterior a la Revolución Francesa, en el *Ancien Régime*¹, cuando no había aún iluminación pública en la noche, a no ser escasa y en pocas calles. La antorcha era un recipiente donde ponían materia combustible y encendían fuego. Eso ardía durante algún tiempo, y no había renovación. Parece que el ceremonial disponía que, por lo menos, el secretario y un porta-antorcha del Cardenal deberían estar siempre a su lado, pues no se sabía la hora de su retorno, y era necesario tener un porta-antorcha con él.

Los otros objetos que el Cardenal lleva se explican por sí mismos: el crucifijo, el báculo y el libro de oraciones.

Para que el Cardenal no quedara solo en el carruaje, se estableció

el protocolo por el cual, siempre que él salía en gran ceremonia, debería ir con ese acompañamiento.

Su Eminencia el Cardenal Amette viene sentado en un admirable carruaje con relieves negro y oro, tirado por cuatro caballos. Él no sufrirá con la lluvia, pero se manifiesta preocupado por los demás, y admira a esta multitud que se apresura, desde la aurora, a honrar al Santísimo Sacramento.

Resuenan fanfarrias, tocan las campanas por toda parte y, precedido por oficiales, chambelanes y por el gran mariscal de la corte, el carruaje de la coronación de María Teresa, pintado por Rubens, penetra en la Helden Platz, tirado por ocho caballos negros. La parte alta es casi toda de vidrio y se puede ver cómodamente al Legado Papal, arrodillado ante un altar en el cual está el ostensorio.

Una cosa que a mi juicio faltó en esa ocasión fue la belleza de la salva de artillería. Forma un conjunto lindo. Eso tiene algo de trágico, de apo-



teórico y de grandioso, que quita un poco la nota unilateralmente festiva del acontecimiento. Recordando que, en medio de todas las alegrías, el hombre no debe olvidarse de la lucha, ni del riesgo, ni del esfuerzo. Me parece que la tragedia orna la melodía cuando la atraviesa como un rayo.

Últimos momentos de la procesión

La lluvia cesa por un momento y el sol deja entrever algunos pálidos rayos.

Todos se quitan los sombreros. Muchos caen de rodillas, sin preocuparse con la lama.

Ese acto tiene mucha belleza. Los fieles no se incomodan. El Santísimo Sacramento está ahí, por lo tanto, es el único lugar donde se comprenden imprudencias. ¡Ante el Dios Eucarístico, y por Él, todo! De rodilla en tierra.

Ahí, entonces, en un silencio de los más conmovedores, pasa el Dios de la Eucaristía.

Eso también es muy bonito. Ruido mientras entra el Santísimo, pero cuando Él comienza a pasar ante el público, silencio. Realmente *hic tacet omnis lingua* —aquí que se calle toda lengua—, está presente Nuestro Señor. Se acabó.

¡Cómo Nuestro Señor debe haber bendecido a esos humildes que se inclinan a su paso, y oído los ecos de su piedad conmovida!

Este fragmento evidencia sutilmente la “herejía blanca”². ¿Por qué Nuestro Señor solo habría oído las oraciones de esos humildes y no de los grandes que estaban presentes para adorarlo?

Ese comentario da la impresión de que un hijo de la grandeza es el de la mano izquierda, casi un hijo espurio de la Iglesia, mientras que el hijo de la humildad es el de la mano derecha, el hijo de oro. No es verdad. La conocida opción preferencial por los pobres, tan justa, de la cual Nuestro Señor dio tantos ejem-



Catedral de San Esteban, Viena

Dorotheum (CC3.0)

plos, no es exclusiva, pues hay otras formas de opción preferencial.

Después del carruaje de Nuestro Señor, sigue el del Emperador.

En un carruaje tirado por ocho caballos blancos, y vestido con un uniforme azul, Francisco José mira fijamente el Santísimo Sacramento, que él acompaña.

Noten que el Emperador Francisco José no mira al electorado. En primer lugar, porque él no es elegible y no está necesitando, por lo tanto, hacer agradados para conseguir los

votos del público. En segundo lugar, porque no puede dar la impresión de alguien que no está prestando atención. Él va con los ojos fijos, el tiempo entero, donde está el Santísimo Sacramento. Es la piedad ideal.

A su lado está el archiduque heredero.

Una ovación formidable y unísona es proclamada por esta inmensa multitud, para acoger al Emperador que llegaba a la Helden Platz.

Resulta un poco extraño que aplaudan al Emperador, sin noticias de que lo hayan hecho al Santísimo

Sacramento. Ciertamente hubo alguna orden eclesiástica, por la cual no se debería aplaudir a Nuestro Señor.

Se sentía que los cien mil católicos presentes querían no solamente honrar al soberano, sino sobre todo agradecerle el ejemplo de fe que él daba y mostrar que todos los corazones vibraban en ese instante supremo.

El cortejo termina con una cabalgata soberbia de la guarda montada húngara y con los carruajes de los archiduques.

Archiduque era el título de todo aquel que, por varonía, hacía parte de la Familia Imperial, pues esta se distribuía en varios ramos muy numerosos. Ellos usaban uniformes blancos, con una tira de cuero y una espada. Probablemente ellos participaron de la procesión con esos bellos uniformes y sus condecoraciones. Debería ser un cortejo lindo de algunas decenas de archiduques, cada uno en su carruaje, desfilando. Era el fin de la procesión.

La piedad auténtica es premiada con las bendiciones de Dios

Se desarrolla de acuerdo con el itinerario prescrito, pero es imposible celebrar la Misa donde está montado el altar, e incluso ser dada la bendición.

¿Imposible por qué? Se puede entrever que no había nada preparado para proteger el techo del local y, por lo tanto, se corría el riesgo de que cayese agua hasta en el cáliz donde estarían las Sagradas Especies. Resolvieron, entonces, celebrar la Santa Misa en la Catedral.

Una idea feliz es enunciada por el Legado Papal: él se vuelve en dirección a la multitud perfilada y su carruaje recorre de nuevo la inmensa plaza. Por medio de la ventana del carruaje aparece nítidamente el prelado llevando el ostensorio y bendiciendo a la multitud.

Todos quedan consolados por esta bendición suprema.

El prelado tuvo una muy buena idea, que fue la de ser visto con el Santísimo dentro de ese carruaje todo hecho de cristal, probablemente avanzando muy lentamente, para dar la bendición a la multitud. Ese acto podría haber sido fatigante, pues debería ser un hombre de edad y, además, esas custodias de alto valor son pesadas. Sin embargo, por lo que consta en el artículo, él no cedió la tarea a nadie, sino que él mismo recorrió la plaza dando la bendición a los fieles. ❖

(Extraído de conferencia del 17/8/1994)



El Dr. Plinio en agosto de 1994

- 1) Del francés: Antiguo Régimen. Sistema social y político en vigor en Francia entre los siglos XVI y XVIII.
- 2) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, en la cultura, en el arte, etc. Las personas por ella afectadas se vuelven muelles, mediocres, poco propensas a la fortaleza, así como a todo lo que signifique esplendor.

DE MARIA NUNQUAM SATIS

Nuestra Señora de Lourdes – Our Lady of the Lake University, San Antonio, Texas

Manifestaciones de las incalculables riquezas de la Santísima Virgen

A través de las invocaciones de la Santísima Virgen podemos vislumbrar una insondable riqueza de atributos por los que se comunica a los hombres. En Fátima, la Madre de Dios quiso manifestarse bajo diversos títulos. ¿Cuál sería la razón para que Nuestra Señora actuara así?

Leyendo sobre las auténticas apariciones de Nuestra Señora, en todas ellas se observa lo siguiente:

Origen de las advocaciones de Nuestra Señora

La Santísima Virgen se manifiesta en cierto lugar, concede gracias y transmite algo a los hombres; Des-

pues surge una invocación relacionada con un atributo o con su mensaje, o inclusive con el nombre del lugar de la aparición. Por ejemplo, Lourdes y La Salette. Ambas son aldeas de Francia. La invocación de cada una es respectivamente “Nuestra Señora de Lourdes” y “Nuestra Señora de La Salette”; igualmente “Nuestra Señora del Pilar”, por haber apareci-

do en una columna, y así son las circunstancias de las innumerables invocaciones de Nuestra Señora.

Hay una excepción en la que una invocación se despliega en cinco: Fátima. ¿Cuál sería la razón para que Nuestra Señora actuara así? Debemos descartar la hipótesis de un capricho, tampoco que Ella haya tomado sólo cinco atributos de su tesoro incalcula-

ble de riquezas y haya lanzado al azar sobre los hombres. Debemos pensar que hay un motivo para esto, y buscarlo es fundamental para interpretar las revelaciones de Fátima.

Relación de las manifestaciones de Nuestra Señora en Fátima

Bueno, planteando el problema, alguien me dirá: “¿Pero no podría usted, Dr. Plinio, tratar de dar una ex-

plicación?” Naturalmente, hecha la pregunta, hice algunos intentos que aún se están formulando, pero por falta de tiempo no terminé de profundizar sobre el tema. Por lo tanto, expongo aquí mi producto inacabado.

Nuestra Señora se apareció en Fátima, un lugar cuyo nombre no tiene relación directa con otras invocaciones. Sabemos de tres insignes apariciones de la Santísima Virgen – La Salette, Lourdes y Fátima – que se caracterizan por una nota común: el secreto. En estas tres apariciones la Madre de Dios envía un mensaje secreto al Papa a través de los videntes.

Es seguro que existe una afinidad entre los secretos, considerando lo que sabemos de ellos. La Salette sería el mensaje preparatorio para Fátima y Lourdes un punto intermedio entre los otros dos; sin embargo, con respecto a este secreto, la vidente, Santa Bernadette, no reveló nada. Vemos que culmina en Fátima, de cuyas revelaciones conocemos buena parte. Comparando uno con otro, encontramos elementos de un mismo eje, son tres mensajes en la misma línea. No quiero decir que esté probado de esa manera, pero es una suposición.

Estos tres mensajes de Nuestra Señora adquieren un carácter más acentuado en Fátima, porque allí María Santísima reveló al mundo, a través de los pastores, algo que no estaba explícito en las otras apariciones, sellando sus palabras a través de un prodigio como el milagro del Sol.

La expansión fue tan extraordinaria que

la Santa Sede consintió en la difusión del Mensaje de Fátima. Sin duda, podemos afirmar que los hechos prueban las palabras de la Madre de Dios y, por lo tanto, Nuestra Señora de Fátima es la invocación del profetismo de María Santísima. Ella entrega al mundo un mensaje profético, también en el sentido de dar orientación a la humanidad, porque el profetismo no consiste sólo en predecir, sino también en orientar, marcar un rumbo. Este es el mensaje profético de Nuestra Señora. Casi se podría decir – la expresión no es muy correcta, se podría decir lo contrario –: Nuestra Señora del Profetismo.

La gran alternativa contemporánea

El mensaje de Fátima se encuentra justo en el punto de confluencia de la gran alternativa contemporánea: o



Flávio Lourenço



Nuestra Señora de La Salette - Santuario Nacional de Nuestra Señora de La Salette, Massachusetts

Ofamily (CC2.0)



Gabriel K.



La Dolorosa - Santuario de la Madre del Perpetuo Socorro, Roma

el mundo se hace comunista, o se enfrenta al poder del comunismo y corre el peligro de sucumbir en la guerra atómica. Para muchos espíritus cortos – son innumerables en nuestro tiempo – este problema no tiene salida.

Pero, Nuestra Señora indica la salida. No se trata de elegir entre la guerra y la paz. ¡Elige la virtud, la fe! Crean lo que Ella dijo, enmienden las costumbres, hagan las consagraciones como Ella ordenó, y Ella ofrece una solución de oro: Rusia, como fue profetizado, que ha difundido sus errores por todas partes – el mundo entero está colmado

de los errores difundidos por Rusia –, se convertirá. Y esta conversión a la Iglesia Católica tendrá como consecuencia que el mundo sea católico. Podemos imaginar el efecto benéfico que produciría en Occidente una auténtica conversión de Rusia a la Iglesia Católica, pasando a luchar a favor de la Contrarrevolución. ¿No es cierto que, si eso hubiera sucedido, habríamos evitado la alternativa *red or dead* – rojo o muerto?

Estamos ubicados, entonces, frente este rasgo profético tan marcado del Mensaje de Fátima: Nuestra Señora previendo los acontecimien-

tos de tal manera que su Mensaje se convierte en el punto central de una crisis prevista en 1917. Ella predijo, los sucesos vienen ocurriendo y su mensaje está en el centro. Ella es Nuestra Señora del Profetismo o Reina de los Profetas; expresión por muchos motivos indescriptiblemente simpática y venerable, y que se encuentra en las Letanías Lauretanas: *Regina Prophetarum*.

Nuestra Señora es Reina de los Profetas no sólo por ser su soberana, sino porque en el profetismo Ella es la más eminente y profetizó la gran crisis de nuestros días. El título de Reina de los Profetas parece desdoblarse en esas cinco invocaciones.

Post-scriptum de Nuestra Señora en la Historia

La segunda invocación es Inmaculado Corazón de María. Todo lo que Ella haga para salvar la humanidad, por puro amor a los hombres y especialmente a la Santa Iglesia, por el amor misericordioso a la gloria de la Iglesia, será una especie de reino de su Corazón, es decir, de su ánimo, de su deseo, pero con esa nota de bondad, de afecto, simbolizada por el corazón.

Nuestra Señora hará que la Historia se prolongue. Es el *post-scriptum* de María en la Historia. De lo contrario, en mi opinión, el mundo se acabaría ahora. Este *post-scriptum* es la obra maestra del Corazón, de la misericordia de Ella.

La misión complementaria de Nuestra Señora en la Redención

Mater dolorosa, Madre dolorosa. Al escuchar esta invocación pensamos inmediatamente en Ella abrazando a Nuestro Señor Jesucristo por el camino hacia el Calvario, la contemplamos en la Pasión, pero sobre todo al pie de la Cruz, en el momento en que Él gritó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me

has abandonado?”, y poco después: “Todo está consumado.” Y el velo del templo se rasgó, hubo terremotos, y los cadáveres de los justos del Antiguo Testamento salieron de sus tumbas para fustigar el crimen de los deicidas. Ella, junto al Crucificado, sufriendo dolores indecibles.

¿Cuál es la enseñanza de la Iglesia acerca de la Madre Dolorosa? Sobre todo, que Ella sufrió indeciblemente y este sufrimiento desempeñó un papel muy destacado, asociado con la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, al punto de que María es considerada Corredentora del género humano. Él es el Redentor, pero Ella tiene una misión complementaria y colateral que le confiere el título de Corredentora. El Padre Eterno le pidió su consentimiento para que Su Hijo muriera por hombres. Y la Virgen Madre, adorando al Hijo como lo adoraba, por bondad dijo: “¡Quiero!” Y aceptó este horror a medida que se iba dando.

La idea de que la Pasión de Nuestro Señor ocurría porque María Santísima así lo había querido es de una elevación, de una sublimidad inagotable y nos da una cierta noción de cuánto Ella sufrió. Si el sacerdote pone aquella gotita de agua en el vino antes de la transustanciación – hermoso simbolismo de nuestros sufrimientos –, sus padecimientos, en su abundancia y en su valor como Corredentora del género humano, ¿qué habrán conquistado?

Invocación para las almas especialmente devotas de Nuestra Señora

Mater et decor Carmeli. El Carmelo es el monte de Elías, desde cuya cima vio proféticamente la pequeña nube. Es la montaña de la devoción a la Santísima Virgen que preside el filón eliático de la Historia, de las almas siempre fieles, y especialmente devotas de Ella. Es Nuestra Señora

del Carmen; es perfectamente comprensible que se haya aparecido en Fátima bajo esta invocación.

Cuando era niño, aunque no conocía la devoción de Fátima y, por lo tanto, no pensaba en esta relación, en las invocaciones que conocía, *Mater et decor Carmeli* fue adquiriendo prioridad sobre las demás.

El legado de Nuestra Señora en Fátima

Finalmente, Nuestra Señora del Rosario. La invocación es lindísima. Esta devoción fue revelada por Nuestra Señora a Santo Domingo de Guzmán, que luchaba contra una “lepra” que infectaba el sur de Francia, con penetraciones en la costa mediterránea de España: la herejía albigense. Para vencer la herejía, la Madre de Dios le entregó el Rosario, que se convirtió en el símbolo del alma ortodoxa, devota de Ella.

Así, aquello que mató el prelude de la Revolución y pospuso por algunos siglos el estallido de la Revolución Protestante, en Fátima es indicado por Nuestra Señora para el retraso del fin del mundo y para obtener nuestra propia fidelidad. Me parece, por lo tanto, muy lógico que haya esta relación entre estas invocaciones en las apariciones de Fátima. ❖



Virgen del Carmen - Basílica de Castro-Urdiales, España

(Extraído de conferencia del 4/12/1985)



SANTORAL

Schulzstein / ICCS 0



Beato José Kowalski

1. San Aarón. Sacerdote del Antiguo Testamento, de la Tribu de Leví, hermano de Moisés.

2. XIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Swithun, obispo (+862). Obispo de Winchester, Inglaterra. Según la tradición, fue capellán del rey Egberto de Wessex y tutor de su hijo, el príncipe Ethelwulf.

3. Santo Tomás, Apóstol.

San León II, Papa (+683).

4. Santa Isabel de Portugal, reina (+1336).

Beato José Kowalski, presbítero y mártir (+1942). Sacerdote salesiano, sometido a torturas atroces en el campo de concentración de Auschwitz, Polonia y finalmente asesinado.

5. San Antonio María Zacarías, presbítero (+1539).

San Atanasio de Jerusalén, diácono y mártir (+451). Diácono de la comunidad de la iglesia de la Resurrección, defendió con integridad las decisiones del Concilio de Calcedonia y por esto, el monje Teodosio, hereje contumaz, lo asesinó.

6. Santa María Goretti, virgen y mártir (+1902).

Beata María Teresa Ledochowska, virgen (+1922). Pertenecía a la nobleza de Austria. Fundó en Roma, el Instituto de Misioneras de San Pedro Claver para auxiliar las misiones en África.

7. Beato Benedicto XI, Papa (+1304). Fraile de la Orden de Predicadores (Dominicos). Se destaca entre sus obras el promover la concordia, la disciplina religiosa del clero y comunidades, obteniendo significativo crecimiento religioso en la Iglesia.

8. Santos Aquila y Priscila (+s. I). Estos esposos fueron colaboradores de San Pablo, lo acogían en su casa, y lo defendían, a pesar del alto riesgo que corrían sus vidas.

9. XIV Domingo del Tiempo Ordinario

Santa Paulina del Corazón Agonizante de Jesús, virgen (+1942).

San Joaquin He Kaizhi, mártir (+1839). Catequista en Guiyang, China, donde fue ejecutado por estrangulamiento, por defender firmemente su fe cristiana.

10. San Agustín Zhao Rong, presbítero, y **compañeros,** mártires (+1648 - 1930).

San Pedro Vincioli, presbítero y abad (+1007). Reconstruyó la Iglesia de San Pedro en Perugia, Italia y fundó junto a ésta un monasterio bajo la regla de Cluny.

11. San Benito, abad (+547).

12. San Pedro Khanh, presbítero y mártir (+1842). Pasaba un día por una aduana en Nghe An, Vietnam y lo reconocieron como presbítero católico, las autoridades lo tomaron preso, fue torturado y decapitado.

13. San Enrique, emperador (+1024).

San Silas (+s. I). Los Apóstoles lo enviaron a predicar a los gentiles, junto a San Pablo y Bernabé.

14. San Camilo de Lelis, presbítero (+1614). Fundador de la Orden que

después fue conocida como de los Camilos.

Beato Gaspar de Bono, presbítero (+1604). Abandonó su carrera militar para ingresar en la Orden de los Mínimos, donde llevó una vida de servicio a Dios y al prójimo. Ejerciendo como Provincial, murió en Valencia, España.

15. San Buenaventura, obispo y Doctor de la Iglesia (+1274).

Beata Ana María Javouhey, virgen (+1851). Fundadora de la Congregación de las Hermanas de San José de Cluny, en París.

16. XV Domingo del Tiempo Ordinario.

Nuestra Señora del Carmen.

Beata Hermengarda, abadesa (+866). Bisnieta de Carlomagno, religiosa en el monasterio de Chiemsee, Alemania, en donde fue abadesa y siempre se destacó por su caridad y servicio.

17. Beato Ignacio de Azevedo, presbítero y **compañeros,** mártires (+1570).



Beato Benedicto XI

Filippo Cavignolo

Beato Paulo Gojdich, obispo y mártir (+1960). Nacido en la Eparquía de Presov, Eslovaquia. Estando preso, sin dejarse vencer por el miedo, hizo su confesión sacramental y entregó el alma a Dios.

18. San Simón de Lipnica, presbítero (+1482). Predicador franciscano, devoto del Nombre de Jesús. Murió en Cracovia, Polonia, contagiado de una epidemia por los enfermos de los cuales cuidaba.



San Olaf II

19. Santa Macrina, virgen (+379). Hermana de los santos Basilio Magno, Gregorio de Niza y Pedro Sebaste. Versada en las Sagradas Escrituras, se retiró a un monasterio en Annesi, norte de Turquía, para llevar una vida solitaria y recogimiento.

20. San Apolinar, obispo y mártir (+c. s.II).

San José María Díaz Sanjurjo, obispo y mártir (+1857). Dominicano español, elegido Obispo del Tonkin Oriental, Vietnam. Lo decapitaron, durante la persecución desatada por el emperador Tu Dúc.

21. San Lorenzo de Brindis, presbítero y Doctor de la Iglesia (+1619).

Santa Praxedes, virgen (+a 491). Hija del senador romano Pudencio,

convertido por San Pedro. Dio nombre a la Basílica de Santa Praxedes en el Esquilino, Roma.

22. Santa María Magdalena.

Beato Agustín de Biella Fangi, presbítero (+1493). De la noble estirpe de los Fangi de Venecia. Fue sacerdote dominico y dispensó importantes beneficios en Soncino, Vigevano y Venecia.

23. XVI Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Brígida, religiosa (+1373).

San Juan Cassiano, presbítero (+c. 435). Inició su vida de monje en Palestina y también fue eremita en Egipto, pero volvió a Francia y fundó la abadía de San Víctor en Marsella.

24. San Charbel Makhlof, presbítero (+1898).

Santos Boris y Gleb, mártires (+1015). Hijos de San Vladimiro, gran-duque de Kiev, Rusia (hoy capital de Ucrania). Optaron por la muerte, en vez de oponerse por las armas y la fuerza a su hermano Sviatopolk.

25. Santiago el Mayor, Apóstol.

Santa María del Carmen Sallés y Barangueras, virgen (+1911). Fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción, en Madrid, España.

26. San Joaquín y Santa Ana, padres de la santísima Virgen María.

Santa Bartolomea Capitano, virgen (+1833). Fundó junto a Santa Vicenta Gerosa la Congregación de las Hermanas de la Caridad de María Niña. A los 26 años de edad murió de tuberculosis.

27. Beata María Magdalena Martinengo, abadesa (+1737). De familia noble, fue religiosa capuchina en Brescia, Italia. Mística y autora de numerosos escritos, donde trasparece su profunda espiritualidad.

28. San Botvido, mártir (+1100). Nacido en Suecia, bautizado en Inglaterra, regresa a su país para evangelizar



Santa Macrina

zar y un hombre, oriundo de Finlandia, que había sido liberado de la esclavitud por gestiones del mismo San Botvido, lo asesina.

29. Santos Marta, María y Lázaro, de Betania.

San Olaf II, rey y mártir (+1030). Rey de Noruega, defendió la fe en su reino y combatió las herejías. Fue asesinado a espada por sus enemigos.

30. XVII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Pedro Crisólogo, obispo y Doctor de la Iglesia (+c. 450).

Beata María Vicenta de Santa Dorothea Chávez Orozco, virgen (+1949). Fundadora del Instituto de las Siervas de los Pobres, en Guadalajara, Méjico.

31. San Ignacio de Loyola, presbítero (+1556). Fundador de la Compañía de Jesús en 1534, con otros compañeros.

San Justino de Jacobis, obispo (+1860). Religioso lazarista, evangelizador en Etiopía, donde sufrió hambre, fue prisionero y padeció otras muchas tribulaciones.



El Profeta Elías y la Orden del Carmen

El incomparable Elías dio a la Orden del Carmelo una rica savia espiritual, produciendo legiones de hombres y mujeres que se coronaron con las rosas de la santidad, con los astros de la sabiduría, con los laureles del martirio y con los lirios de la virginidad.



San Elías
Museo Diocesano
de Arte Antiguo,
Sigüenza, España



Francisco Suárez

Cualquiera que sea la idea que formamos de una Orden religiosa, es necesario reconocer que los esplendores de sus glorias futuras dependen siempre de los principios vitales sobre los cuales se fundamenta su organismo y de la savia vivificante que en difusiones divinas fluye a través de todos los miembros que conforman su organización secular.

Espíritu de fuego

La institución religiosa así formada, nutrida, vivificada, amará necesariamente su principio y su origen, así como los niños aman a sus padres, la Tierra al Sol que la fertiliza, y los astros al centro de gravedad en que descansan.

Dicho esto, vale la pena preguntarse: ¿Qué savia misteriosa ha preservado siempre la exuberante vida de la Orden Carmelita? ¿Qué factor le propor-

ciona los elementos de su organización siempre joven y lozana, después de tantos siglos de existencia?

No será difícil responder a esa pregunta si retrocedemos a tiempos remotísimos, si buscamos en el Carmelo la hermosa y celestial figura del Profeta de Dios, Elías de Tesbe. ¡Fue este gran Profeta, el espíritu de fuego, el incomparable Elías, quien dio a la Orden del Carmelo la riquísima savia espiritual de que la misma se ha alimentado a través de su existencia centenaria, produciendo legiones de hombres y mujeres que se coronaron con las rosas de la santidad, con los astros de la sabiduría, con los laureles del Martirio y con los lirios de la virginidad!

Padre y Fundador de la Orden del Carmelo

No es sólo la orden Carmelita, sino la Iglesia Universal, quien reconoce y venera al Santo Profeta Elías co-

mo Padre y Fundador de la Orden del Carmelo. No podemos resistir el impulso de insertar, al respecto, un brillante testimonio del excelente teólogo Suárez¹, quien confirma esta verdad:

“Es una tradición generalmente recibida y muy antigua que el origen de la Orden Carmelita se remonta a la época de los Profetas, y especialmente a la época de Elías, y que de este mismo proviene la sucesión hereditaria iniciada en el Monte Carmelo, del cual la Orden recibe su nombre, una tradición que recibimos como verdadera, tanto más que los Sumos Pontífices Sixto IV, Juan XXII, Julio II, Pío V, Gregorio XIII, Sixto V y Clemente VIII, en las Bulas concedidas a esta Orden, hablan de sus miembros, los religiosos, en estos términos: Brillan en la caridad como espejo y modelo, datando su origen del tiempo de los santos Profetas Elías y Eliseo y de otros santos Padres que habitaron la Montaña Santa del Carmelo. Por eso, Sixto V les permitió honrar a Elías y Eliseo como sus patriarcas celebrando sus fiestas y recitando sus propios oficios. De ello se deduce que Elías es reconocido como un verdadero Padre y Fundador (Suárez, tomo 4, de Relig., tratado 9, cap. 9)”.

Es éste, pues, según el testimonio de los pontífices y teólogos más eminentes, el manantial riquísimo de



San Ángel - Museo del Prado

Antonio de Pereda (CC3.0)



Sixto V - Convento de San Francisco, Lima

Gabriel K.

donde ha brotado la savia vivificante que anima el espíritu del Carmelo.

Los carmelitas, por su parte, no han dejado de venerar a aquél de quien han recibido la vida espiritual. Desde los primeros moradores del Carmelo hasta San Ángel, mártir carmelita, que en el nombre de Elías dividió como Moisés las aguas del Jordán; y de este Santo hasta la gloriosa Reformadora del Carmelo con quien se comunicó el Santo Profeta, y desde Santa Teresa hasta nuestros días, ni un instante siquiera

se ha interrumpido la cadena de santos afectos, con los que los carmelitas han manifestado su amor y gratitud a su admirable Padre y Fundador. ❖

(Extraído de O Legionário No. 786, 31/8/1947)

1) Francisco Suárez de Toledo Vázquez de Utiel y González de la Torre (*1548 – †1617), teólogo, filósofo y jurista jesuita español, conocido como Doctor Eximio.



Martirio de las Carmelitas de Compiègne - Convento de Santa Teresa, Palma de Mallorca, España

Flávio Lourenço

Cómo ocurren los grandes derrocamientos de la Historia

La toma de la Bastilla
Museo de Historia de Francia.
Palacio de Versalles

¡Qué gran lección nos da la Historia! Los acontecimientos históricos parecen nacer de quien los produjo, pero considerándolos en profundidad, vemos que han sido producidos por sus propias víctimas. En esto se encuentra una enseñanza: al ocurrir los grandes derrocamientos, en general, quien cayó fue al encuentro de quien le derribó, siendo en parte el causante de su propia caída.

El día 14 de julio es el aniversario de la caída de la Bastilla, y la mejor manera de execrar aquel infame acontecimiento de 1789 es que reconozcamos que en nuestros días suceden incontables cosas por su causa. Si no se hubiese dado la caída de la Bastilla en aquella ocasión, tal vez las cosas hubiesen tomado otro rumbo, si no distinto – lo que en rigor sería posible –, por lo menos parcialmente diverso.

La Bastilla, una prisión singular

La Bastilla era una prisión a la que el rey mandaba, en general, a los príncipes de la Casa Real o los miembros

de la alta nobleza cuando cometían algún acto político que perturbaba el destino de Francia. Siendo ellos de muy alta categoría social, el monarca no quería colocarlos en una prisión vejatoria. Además de esas personas, también se encontraban prisioneros de diferentes clases sociales allí enviados a pedido de sus familiares.

Decía un viejo proverbio jurídico del Reino de Francia: “El padre es rey de los hijos, y el rey es padre de los padres”. Es decir, era competencia del rey proteger a los padres y competía a los padres educar a los hijos para que respetasen al rey.

Por causa de eso, cuando un hijo frecuentaba malas compañías, comenzaba a dilapidar el dinero de la



Luis XVI – Palacio de Versalles

familia o a practicar acciones que hacían temer al padre que aquel hijo se convirtiera en un criminal, en fin, cualquier actitud que perturbase la vida familiar, las personas podían reclamar ante el rey. Se abría un proceso secreto – para no difamar a nadie – y éste llegaba hasta el monarca, pidiéndole un tiempo de prisión para quien se comportaba mal.

El acusado tenía el derecho de defenderse y el rey también lo oía. Pero si éste comprobaba que el padre tenía razón, atendía el pedido y mandaba detener al hijo en la Bastilla por uno, dos, cinco años y a veces más, por tratarse de personas perdidas, que solamente en prisión no harían locuras.

La Bastilla, sin embargo, era una prisión muy singular. Allí, según fueran sus recursos, el prisionero podía llevar sus muebles, cortinas, alfombras y encargarse de la comida a los mejores restaurantes de París. Solo tenía prohibido salir, permaneciendo recluido hasta sosegar y ser sensato. Y si al ser liberado continuaba en sus desvaríos, volvía a la cárcel.

Se asemejaba, por tanto, a la función del pasamanos junto una escalera y no a una jaula para encerrar fieras. Por causa de esto, en las horas de ocio,

los reclusos podían encontrarse en el patio, pasear, subir a las torres de las murallas y desde allí ver personas conocidas y saludarlas de lejos. Sin embargo, ¡reja es reja! Cuando tocaba la campana, tenía que volver a la celda.

En sus celdas había biblioteca, podían escribir cartas y recibir visitas en los días establecidos. No era infamante el haber estado en la Bastilla, como por ejemplo sí lo es el ir a parar en un presidio contemporáneo. Evidentemente, estar allí no era lo más atractivo, pero las cosas se acomodaban para hacer la vida lo más agradable posible. Era una prisión de padre, porque el rey era el padre de los padres, y protegía a los padres contra los malos hijos.

Las calumnias del bando republicano

En la Edad Media, la Bastilla había sido uno de los elementos de la defensa de París. Cuando llegó el período de las armas de fuego, las viejas fortalezas medievales perdieron gran parte de su utilidad militar, y entonces dejó de ejercer el papel de fortificación y pasó a guardar el tesoro real: las joyas de la Corona, el oro perteneciente al rey, etc. Con el pa-

so del tiempo, se convirtió en prisión del Estado.

Sin embargo, la gente común conocía poco de esto, y los enemigos de la realeza difundieron calumnias tremendas afirmando que existía en la Bastilla gente prisionera desde hacía tanto tiempo que ya nadie los conocía, y estaban pudriéndose en prisiones terribles, sufriendo castigos horribles, inclusive, había un hombre obligado a utilizar todo el tiempo una máscara de hierro, porque era un hermano gemelo del monarca, y éste no quería que fuese conocido. Para evitar una guerra civil, ese hombre era obligado a permanecer enmascarado. Inventaban una serie de historias, cada una más disparatada que la otra.

La corriente de los enciclopedistas, atea y republicana, con la finalidad de murmurar contra la realeza y la nobleza, comenzó a difundir el rumor de que la Bastilla era un antro de la tiranía, y que para quebrar el poder absoluto del rey era necesario invadirla y libertar a todos los presos.



Apertura de la Asamblea de los Estados Generales el 5 de mayo



Bernard-René Jourdan de Launay



Joseph Vivien (CC3.0)



François de Salignac de la Mothe-Fénelon

Entonces, ya desde el día 13 de julio, comenzó una efervescencia de agitadores – naturalmente, pagados – para exigir la entrega de la Bastilla, porque de lo contrario, la atacarían. Ahora bien, esa antigua fortaleza disponía de cañones que podían dispersar a los agitadores con facilidad. Sabían eso, pero también sabían que el Rey Luis XVI era benigno casi hasta la burricie. Así, no temían los cañones.

La caída de la Bastilla

Después de negociaciones con el gobernador de la Bastilla, un tal *Monsieur* de Launay¹, los revolucionarios consiguieron, que al final bajaran el puente levadizo y entraran los representantes del pueblo para hablar con él. Cuando lo bajaron, todo el pueblo la invadió. Desordenaron y destrozaron todo. Sacaron a los presos y los colocaron sobre una especie de grandes planchas de madera y los pasearon por París, para que la población viera a las

pobres víctimas del terror real.

Los revolucionarios mataron a varios guardias de la Bastilla y se llevaron preso a *Monsieur* de Launay para que diese explicaciones a las autoridades populares sobre cómo era la vida dentro de ella. Pero por el camino lo mataron a golpes, además sin ninguna razón, porque había cedido todo el tiempo.

Con eso, la Bastilla quedó vacía y poco después emprendieron su demolición. De las piedras, se hacían miniaturas, reproducciones de la vieja fortaleza, que eran vendidas. Todos

los revolucionarios querían tener una Bastilla para adornar su propia sala.

En París, tales sucesos simbolizaron la caída del poder absoluto. Destruída la Bastilla estaba quebrada la monarquía. El resto solo fue una sucesión de derrotas hasta llegar a la proclamación de la República, a la decapitación del Rey y de la Reina. Era la Revolución Francesa consumada.

De los efectos a la causa, ¿quién fue el mayor culpable de la caída de la Bastilla?

¿Qué se debe pensar de la caída de la Bastilla? Un observador común dirigiría toda su cólera contra los bandidos que la asaltaron y demolieron, como un símbolo del poder real y de la Civilización Cristiana. Sería más que justificado. Pero yo no sé si es contra esto, que deba volverse nuestra mayor cólera, o si es contra el rey débil, bobo, indolente, inconsciente de sus

deberes y derechos, quien, por su negligencia, permitió que se hiciera posible ese acontecimiento. Yo creo que él fue el mayor responsable por la caída de la Bastilla.

Pero remontándonos de los efectos a las causas, deberíamos preguntarnos quien fue el mayor responsable de que Luis XVI fuera así. Los estudios históricos más recientes revelan toda una estirpe de una sociedad secreta a la que él pertenecía, constituida por discípulos del Arzobispo de Cambrai, Fénelon², que tal vez sea el fundador de la “herjía blanca”³, hombre aún contemporáneo de Luis XVI y autor de un libro llamado *Télémaque*. Arzobispo empalagoso, imaginando una piedad toda de miel, pero no una miel santa y bendita como la de San Francisco de Sales, sino sentimental, mundana, enteramente humana; un estilo de piedad según la cual, atacar, discutir, luchar, guerrear eran actitudes censurables.

Su discípulo perfecto, Telémaco, era un hombre que andaba por los bosques apreciando la naturaleza y no tenía el espíritu preparado para el carácter militante de esta vida.

Nuestra cólera podría ir más lejos aún: ¿Quién formó a Fénelon? ¿Quién permitió que llegase a ser Arzobispo de Cambrai o quién impidió que fuese destituido de ese cargo? Así podríamos llegar hasta los orígenes de la Revolución y encontraríamos siempre dos hileras de culpables: los que hicieron y los que permitieron que fuese hecho. Quizás en el día del Juicio los que permitieron serán más castigados que aquellos que realizaron. ¡Y no será poco!

Encontré un ejemplo de eso al hojear una revista francesa en la cual descubrí una narración de la caída de la Bastilla, trayendo pormenores bien reveladores. Uno de ellos es que el propio Luis XVI, en su Consejo de Estado, había determinado la demolición de la Bastilla antes de que la Revolución la decidiese. Por lo tanto, la Bastilla considerada por la Revolución co-

mo un símbolo del poder real, iba a ser derribada por deliberación del propio Rey que la Revolución destronaría.

En eso se encuentra una enseñanza: cuando ocurren los grandes derrocamientos históricos, en general, quien cayó fue al encuentro de aquel que le derribó, siendo en parte el causante de la propia caída.

Sería interesante buscar los registros de las deliberaciones del Consejo de Luis XVI para ver qué otros monumentos él había decidido demoler para construir otros nuevos. Tal vez veríamos que buen número de las cosas que había resuelto derribar fueron arrasadas por la Revolución Francesa. Así, en su espíritu liberal, él era el precursor de aquellos que iban a derribarlo.

Una gran lección de la Historia

¡Cómo se asemeja eso a la actitud, en nuestros días, de la burguesía frente al comunismo! ¡Qué gran lección de la Historia! Los acontecimientos históricos parecen nacer de quien los produjo, pero considerándolo en profundidad, vemos que no es así. Fueron causados por aquellos a quien ellos victimaron. El Rey era culpable de aquello de lo que él mismo fue víctima.

Todo potentado, todo hombre constituido en alguna dignidad en la Tierra, si cayó, debe hacer ese examen de conciencia: ¿acaso no fue él el causante de su propia ruina? No es automático que siempre sea así, pero ¡cuántas veces ocurre!

Esa verdad se deduce de un pequeño detalle histórico, del cual se sacan conclusiones que llevan a los más altos pensamientos sobre la Historia y esclarecen un aspecto más dentro de un universo de hechos que es la caída de la Bastilla, la cual es un punto del universo de acontecimientos que es la Revolución Francesa, la cual, a su vez, es un punto de ese universo de catástrofes que son las tres Revoluciones⁴. Desde ellas se puede subir hasta la Reden-

ción infinitamente preciosa del género humano, a la obra de la Salvación.

Se ve como, a partir de un pequeño punto, las correlaciones se multiplican y amplían, y llegan hasta lo inenarrable.

A veces, puntos aún más pequeños que ese. Por ejemplo, en el día de la caída de la Bastilla el día fue tranquilo en Versalles. Nadie mandó avisar lo que estaba sucediendo en París. En esto se nota el relajamiento, el abandono del sentido de conservación, del sentido de la autoridad. En el diario de Luis XVI, donde registraba los hechos ocurridos, el registro del día 14 de julio era: “nada”.

El Rey se fue a dormir en la hora acostumbrada, y en la madrugada del día 15 llegaron los mensajeros procedentes de París trayendo las noticias de lo ocurrido. Sólo entonces los miembros de la corte real vieron que los acontecimientos eran graves y se preguntaron si sería el caso de despertar al Rey, porque tropezaba con un problema de protocolo, de etiqueta: No había precedentes de que alguien despertara al Rey por la noche. Al final, el Duque de La Rochefoucauld⁵ – a propósito, un revolucionario a pesar de la belleza de su nombre, que suena como una música –, entró en el cuarto del Monarca.





En aquel tiempo, las personas de alta categoría dormían en camas aparatosas con cuatro columnas entre las cuales se corría una cortina formando un pequeño cuarto de dormir dentro de los aposentos. El Duque abrió la cortina, despertó al Rey y le comunicó las trágicas noticias llegadas de París.

Luis XVI, bostezando de sueño, preguntó:

—*C'est une revolte?*— Entonces, ¿es una rebelión?

—*Non, Sire, c'est une revolution*— No, Señor, es una revolución.

De hecho, no se trataba de una mera rebelión, y, sí, de la Revolución Francesa que comenzaba.

Luis XVI se acabó de despertar y después durmió de nuevo...

Un pormenor retrata bien el ambiente de lo sucedido. El Duque de La Rochefoucauld abrió por completo las cortinas del Rey, que son enormes cortinados. Si hubiese abierto solo un poquito, querría decir de modo indirecto: “yo interrumpo vuestro sueño para decirle alguna cosa, Vos

decidiréis si os levantáis”. Pero abrir las cortinas por entero significaba: “Espero que os levantéis”.

Esa esperanza manifestada por el Duque expresa bien la atmósfera, la carga psicológica de cómo fue dada la noticia, pero también el grado de modorra de Luis XVI. Lo característico de la escena gana mucho con el pequeño pormenor de la mayor o menor apertura de la cortina.

La conmemoración de un acontecimiento histórico en la eternidad

Por fin, podríamos preguntarnos cómo es conmemorada en la eternidad la caída de la Bastilla. El Cielo sólo puede haber execrado este episodio histórico acompañando con su cólera a aquellos que lucharon para que cayera la Bastilla, en consecuencia, amando mucho a los que combatieron y murieron para impedir aquel desastre.

No es que Dios no los perdonase, caso ellos se arrepintieran. Es posible que

algunos hayan recibido gracias para pedir perdón y hayan sido perdonados. No consta. De las muchas cosas que leí sobre la toma de la Bastilla, no conozco el caso de alguien que habiendo trabajado para esa caída, se haya arrepentido y convirtiéndose en un buen católico haya escrito un documento reconociendo haber procedido mal. Sin embargo, si alguno de aquellos revolucionarios se arrepintió y se salvó, en el Cielo también cantará las alabanzas de las víctimas de la caída de la Bastilla, elogiará los buenos principios por amor de los cuales aquellos héroes dieron su vida, se manifestará arrepentido y humillado por haber formado parte de aquella caterva, y desde lo alto del Cielo donde estuviese, increpará a los bandidos que la derribaron.

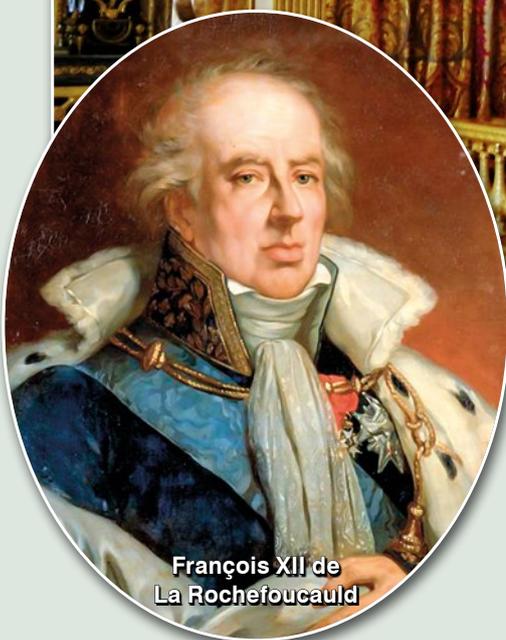
Aquellos revolucionarios no arrepentidos y condenados al Infierno tienen noticia de la fiesta celeste conmemorando a los héroes de la Bastilla y gritan, blasfeman, aúllan de odio mientras que los bienaventurados les responden con una truculencia victo-



El Dr. Plinio en 1990



Cuarto del Rey en el Palacio de Versailles



François XII de La Rochefoucauld

riosa, desenmascarándolos con claridad, proclamando todo el mal que practicaron. Los condenados hierven de odio, porque quieren afirmar que aquello fue algo bueno, pero no pueden, pues es patente que aquello fue una inmundicia y quedan humillados, contorciéndose en las hogueras y en el completo pánico del Infierno.

Por tratarse de una fecha que redonda en gloria para la Iglesia – porque glorifica a personas que quisieron morir por Ella –, en cuanto tal, esa fecha es homenajeada en el Cielo. Entonces, los coros angélicos exultan y los bienaventurados desfilan cantando las glorias de Dios.

Así podríamos imaginar la caída de la Bastilla conmemorada en el Cielo, haciendo una restricción que la verdad histórica impone. No se puede afirmar que todos los que cayeron defendiendo la Bastilla murieron por amor de Dios. Muchos perecieron porque eran soldados que debían batallar, cumpliendo su deber, pero en eso no tenían una intención religiosa. Otros eran hombres, incluso sin fe, que lucharon porque poseían un resto de solidaridad con la realeza y percibían que Ella estaba siendo atacada furiosamente en aquella ocasión. Otros murieron porque fueron asaltados por la saña encolerizada de los que embestían contra la Bastilla, y ni entendieron bien la razón por la cual morían, y en esa situación fueron juzgados por Dios.

Pero cuando alguien muere, aunque sea por error, en favor de una buena causa, es siempre signo de una misericordia de Dios con relación a él, que permite la pérdida de su vida en favor de esa buena causa.

Así, se puede y se debe mantener la esperanza de que una gracia de arrepentimiento haya sido concedida a muchos en la última hora. Se puede desear y esperar que varios de entre ellos hayan salvado sus almas porque murieron por esa causa. ♦

(Extraído de conferencias del 14/7/1972, 12/9/1981 y 14/7/1990)

- 1) Bernard René Jourdan, marqués de Launay (*1740 + 1789).
- 2) François de Salignac de La Mothe-Fénelon (*1651 + 1715).
- 3) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, en la cultura, en el arte, et. Las personas por ella afectada se vuelven débiles, mediocres, poco propensas a la virtud de la fortaleza, así como a todo lo que signifique esplendor.
- 4) Protestantismo, Revolución Francesa y Comunismo.
- 5) François Alexandre Frédéric Rochefoucauld-Liancourt (*1747 + 1827).



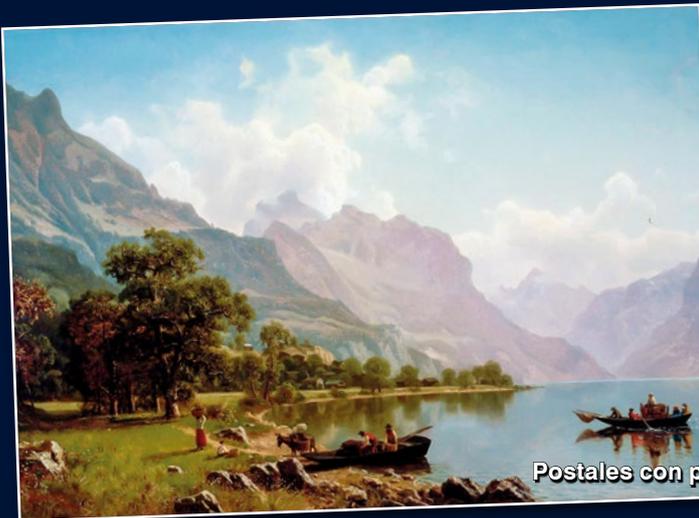
Arte impregnado de sentido de lo maravilloso

Lo maravilloso plasmado en las pinturas de Claude Lorrain consiste en imaginar un mundo irreal cargado de significados que transportan al hombre a la contemplación de bellezas eternas. Este arte está penetrado hasta tal punto por un ideal que el individuo se siente habitante del Paraíso.

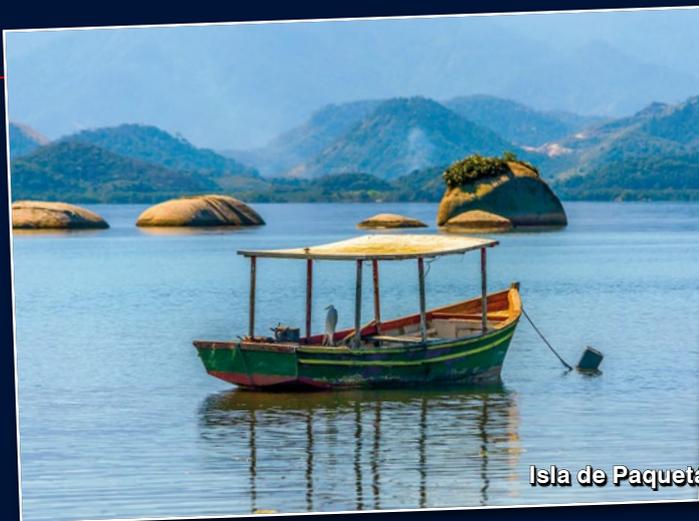
Antes de comentar algunas pinturas de Claude Lorrain, quisiera decir algo a modo de introducción de lo que vamos a analizar en la obra de este pintor. Entre las bellezas que existen en la naturaleza, las hay proporcionadas al orden natural en el cual nos encontramos y otras tan magníficas que son algo desproporcionadas a ese orden. Son naturales, pero maravillosas hasta el punto de hacernos pensar en otro universo o mundo diferente, que puede parecerse irreal, pero hacia el cual se inclina irresistiblemente nuestra alma.

Bellezas naturales que preparan al hombre para la eternidad

Pondría como ejemplo unas postales de Suiza con magníficos lagos. En este país, en particular, los atardeceres, amaneceres o mediodías tienen una magnificencia casi irreal. Si no tuviéramos la oportunidad palpar estas bellezas con nuestros sentidos, no las entenderíamos bien y ni siquiera creeríamos en su existencia. Todo esto llena al hombre de tanto entusiasmo y lo impregna tanto



Postales con paisajes de Suiza



Isla de Paquetá, Río de Janeiro



de la sensación de esa magnificencia, que casi le impide llevar una vida normal.

Esta circunstancia, naturalmente, nos impulsa a plantearnos la siguiente pregunta: ¿por qué Dios hizo lugares como este? Él creó todas las cosas para la instrucción del alma humana de manera que, al ver las imágenes y semejanzas del Creador en la naturaleza, el hombre buscase llegar a ser como Él es y así se preparase para el Cielo. No hay nada en la Creación que no haya sido ordenado para este propósito.

Ahora bien, ¿cuál habría sido la intención de Dios al crear estos lugares tan magníficos que superan la capacidad del hombre de sentir y pensar en esta vida?

La respuesta es obvia: Él quiso despertar en nuestras almas el sentido de lo maravilloso que yace en lo más profundo de nuestro ser, porque después de haber pensado y meditado todas las bellezas existentes en la Tierra, el alma humana queda con una cierta intuición y deseo por algo superior que contenga una mayor belleza y perfección, una verdad más profunda y una excelencia más magnífica.

Esta percepción lleva al hombre a preguntarse si existe algo más allá de esta vida o, aún más, si existe Alguien, con A mayúscula, que personifique todas estas maravillas puestas ante nuestros ojos.

Las potencias del alma en busca de cosas maravillosas

Podemos ver algo de esto en lugares como, por ejemplo, la Bahía de Guanabara. Tuve una sensación algo parecida en la isla de Paquetá, donde el muy apacible rey João VI, descontento con la soberbia calma del Río de Janeiro de su tiempo, pasaba los fines de semana o una semana entera de descanso; no sé bien de qué estaba descansando, si era del susto que le había dado Napoleón, pero el buen Rey se iba a comer sus gallinas en esa isla. Comprendí que él, en realidad, era un hombre sutil y refinado, sintiendo una forma de calma sonriente, inteligente; no un reposo idiota, vegetativo, sino una tranquilidad de alma.

Al crear estos lugares magníficos, la Providencia ha querido despertar en nosotros, más que el sentido de lo maravilloso, todo lo que en el ser humano se aviva con esto, para poner la inteligencia, la voluntad y la sensibilidad humanas a la búsqueda de las cosas maravillosas.

De ahí viene la procura de lo maravilloso, por ejemplo, en la poesía. Tomemos a Camões, que supo transmitir de manera espléndida, en poemas, la magnificencia de la epopeya lusitana. Si esos pensamientos se pusieran en prosa, perderían mucho su maravilla.

En la pintura, lo maravilloso se expresa de mil modos. Uno de ellos corresponde a la siguiente inclinación del alma humana. Al pasar, aunque sea rápido, por rincones o paisajes que llamen la atención, una persona desearía detener el vehículo en el que viaja y contemplar más lentamente estas bellezas; pero al no poder hacerlo, es propensa a imaginar cómo sería estar en ese lugar, hacer un picnic, rezar o incluso vivir allí. A veces puede venir a la mente la idea de cómo debe ser la mentalidad de los habitantes de ese rincón del paisaje.

Esta propensión lleva a ciertos artistas a pintar paisajes que no existen, reuniendo en ellos maravillas. Por ejemplo, las obras de Claude Lorrain con ciudades imaginarias compuestas por la yuxtaposición de elementos reales y otros muy raros o del todo inexistentes.

Pintando lo maravilloso

Este pintor representa una ciudad marítima, sin calles definidas, en la que entran dos o tres navíos de América o Asia, cargados de oro, plata, piedras preciosas, joyas, porcelanas, alfombras y especias, atracando junto a un muelle jalonado de palacios, para descargar sus mercancías, eso sí, sin el trepidante, intenso y prosaico movimiento de los puertos actuales, sino con el encanto del mar y de los barcos que vienen de una travesía casi tan arriesgada, en ese momento, como lo sería un viaje a la Luna de hoy. Son bellezas que se yuxtaponen.

Sin embargo, el gran arte de Claude Lorrain radica en pintar cuadros en los que imagina una neblina dora-



APÓSTOL DEL PULCHRUM

da iluminada por el sol, dando la impresión de una atmósfera irreal en la que el hombre lleva una vida agradable bañada por un ideal y donde el individuo siente habitante del Paraíso.

Otra nota característica en las pinturas de Claude Lorrain es que no aparece ninguna tormenta, ni siquiera una brisa. Los personajes se mueven lentamente, con majestuosidad, distinción o simplemente naturalidad,

y los árboles están quietos, como diciendo: “He llegado al punto perfecto de mi bienestar, y aquí el viento ni me molesta ni me sacude”. Es como si el árbol sintiera el deleite del aire, que lo rodea de delicias. Él, insensible por naturaleza, parece tener sensibilidad en las pinturas de Lorrain.

En todo esto vemos al hombre siendo transportado al interior de lo maravilloso.

GGI (CC0.0)



Pasemos ahora al análisis de algunas obras de Claude Lorrain.

Lo maravilloso en los aspectos más comunes del paisaje

El cuadro presenta una profundidad muy grande, con una perspectiva alargada en la que sólo se vislumbran unas



pocas montañas al fondo del horizonte. La vegetación y casi todos los detalles sugieren una escena común. Por ejemplo, los árboles son los mismos que se encuentran en cualquier parque de la ciudad. También las piedras del suelo y hasta la cuesta con la vegetación que baja son como las de cualquier montaña. Todo cuanto hay de más común.

En lo alto hay una residencia construida, no sin cierta falta de sentido práctico, directamente sobre las rocas. Un espíritu moderno se opondría a esta ubicación. Primera objeción: ¿cómo se llega allí? ¿Necesito subir por una cuerda? ¿Habrá algún paso que no se vea? Caso exista, debió ser necesario talar los árboles haciendo una escalera en la roca para abrir ese sendero. De todos modos, ¡parece que la vida se vuelve más difícil viviendo allí! Pues bien, si la casa estuviera en el suelo no tendría nada de extraordinario.

¿En qué aspecto el autor supo dar la impresión de maravilloso en este cuadro, pintando escenas tan comunes como las que se encuentran en la naturaleza?

Lo maravilloso está en el cielo. No quiere decir que el cielo nunca adquiriera ese color, pero es este magnífico color inusual el que le da una belleza especial. Es un azul que yo llamaría índigo, un poco blanquecino. Dense cuenta de que el cielo no está completamente limpio, ya que las nubes están allí, aunque frágiles, casi como si necesitaran la acción del Sol para condensarlas. Ese cielo tiene una claridad especial, algo más hermosa que la de los días más hermosos.

Lorrain supo pintar la luz incidiendo sobre todos los elementos del paisaje, dando al panorama una participación de las posibles bellezas y delicias que el observador imagina en el propio firmamento. De tal manera que quien vive en este ambiente se siente más bañado por algo descendido del cielo, un algo que domina la tierra con su peculiar forma de luz. A este título, lo maravilloso se hace sentir espléndidamente en este paisaje.

Discerniendo nuevas bellezas del mundo irreal imaginado por Lorrain

La presencia de esta luminosidad se siente no tanto en este o aquel lugar, sino sutilmente en todas partes. Se tiene la impresión de que todo el valle está impregnado de la misma luz que ilumina la fachada de la mansión y los árboles, dándole una imponderable y magnífica participación de todo el espacio celeste.

Aunque el edificio tiene una fachada sencilla y corriente, la luz le confiere tal nobleza que podríamos decir que se trata de la mansión de una princesa donde tuvo lugar un famoso hecho histórico.

Por otro lado, hay zonas no iluminadas por el Sol donde lo oscuro realza la claridad, cuya belleza se percibe me-



por así. El mismo fenómeno ocurre con los árboles, y quizás con más talento. En los puntos donde la vegetación es menos densa, la luz cae sobre los bordes de los árboles y las puntas de las hojas se vuelven casi transparentes. En la parte donde la vegetación es más compacta, lo oscuro realza la belleza de la luz que baña el otro lado de las hojas.

Esta impresión que produce la luz sobre las hojas y la fachada también se puede ver en las piedras talladas de forma irregular en la ladera y en el suelo, en casi todas partes. Un detalle interesante: el artista pinta la vegetación libre de la acción del viento o de cualquier otro elemento extraño que la sacuda o imponga una posición que no es del todo acorde con su naturaleza. Se tiene así la impresión de estar en un lugar donde la alegría consiste en el reposo completo.

Nótese cómo los árboles no parecen hacer esfuerzo para sostener sus propias ramas. Estas son ligeras, las hojas son tan suaves que nos invitan a jugar pasando nuestras manos por ellas, seguros de encontrar solo materias suaves y agradables a los sentidos.

Cabría preguntarse cuál es la razón de ser de ese arco. En mi opinión, tiene un significado especial. Imaginen que no existiera esa mansión, solo el arco. ¿No darían ganas de contemplar un panorama tan hermoso desde arriba? El hecho de que sea un arco, que deja entrever lo hermoso que es el paisaje por todos lados, invita a subirlo y permanecer sobre él.

De ahí que la mansión, que podría denominarse mirador, sea el lugar ideal donde alguien podría pasar las tardes bañándose al sol y contemplando el paisaje desde el interior de un cuarto decorado con los opulentos lujos de la época de Claude Lorrain: magníficos espejos de Venecia, alfombras de Oriente, cortinas de Lyon... Es un mirador de un mundo medio irreal. Así, esta pintura nos invita a lo maravilloso.

Paisaje que vive de la contemplación de su glorioso pasado

Vemos en otro escenario lo que falta en el anterior: un río. Todo panorama con agua tiene mucha más apertura a lo maravilloso que uno donde no está presente. Como en el anterior, en este cuadro se aprecia el mismo juego entre la luz y la oscuridad. El Arco del Triunfo aparece en la sombra, y su antigüedad se hace entender no solo por el estilo romano o helenístico, sino por la vegetación que creció encima del monumento, algo muy común en construcciones antiguas y abandonadas. Se percibe que las intemperies y los siglos lo han erosionado y lo seguirán erosionando, pero tan lentamente que se tiene la siguiente impresión: mientras exista el mundo, este arco permanecerá en pie, desafiando al tiempo.

Tal monumento evoca convulsiones, tragedias y guerras, después de las cuales desfilaban por allí gloriosas

legiones, presididas por personajes míticos, señalando magníficas victorias y siendo aclamadas por multitudes que desaparecieron. Efectivamente, la vorágine del tiempo ha sepultado todo eso, y no es más que un recuerdo de un pasado que, sin embargo, este arco recuerda de forma muy elegante.

La maravilla de este cuadro no está solo en el cielo, sino en esta evocación de un largo pasado que duer-



me definitivamente el sueño de sus glorias y de los días que nunca volverán, haciéndonos entender que es tan irracional que todo esto se acabe, tan absurdo que nada de esto haya dejado cualquier huella o vestigio en el orden del ser, que debe existir en alguna parte y de algún modo, para toda la eternidad, algo que simbolice esa vida que desfiló por allí y que en esta obra de arte se afirmó.

Se diría que el paisaje vive de la contemplación de ese pasado, del que se pueden conjeturar sus líneas generales, porque se conoce esa civilización, pero no los datos concretos de su pasado. La imprecisa memoria histórica deja lugar a la imaginación y se plasma en el arte de Claude Lorrain dentro de este ambiente maravilloso. ❖

(Extraído de conferencia del 11/01/1977)



GCI (CC3.0)

La Virgen y el Niño con Santos y Ángeles - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona

KAFy9e1q42JF_A at GGA (CC3.0)



Reina de las almas

María Santísima es nuestra Madre. Nuestro Señor Jesucristo quiso que su Madre fuese también nuestra Madre. ¿Qué hacen dos hijos cuando están peleados entre sí? Recurren a la madre. A veces nosotros pecamos, nos peleamos con Dios. Y para reconciliarnos con Él apelamos a la Madre de Dios y nuestra. Porque la madre tiene bondades, ternuras, perdones, indulgencias, paciencias que nadie posee. La Santísima Virgen pide a su Divino Hijo por nosotros y nos obtiene una serie de gracias que nunca alcanzaríamos si no fuese por su intercesión. Esta es la mediación de Nuestra Señora.

Como nuestra Madre, Ella quiere, sobre todo, nuestra salvación eterna. Para eso pide principalmente las gracias por las cuales nuestras almas se mueven conforme a sus deseos. Por esa razón María es Reina de las almas y el destino del mundo y de la Historia está en sus manos.

(Extraído de conferencia de 10/09/1989)